

hecho por todos los Procuradores de las provincias y aceptado por un hombre de mucha integridad y fervor de espíritu, que no se contentaba con poco en la vida religiosa de la Compañía.

No podía faltar, como nunca falta, algún contrapeso a tan buenas cualidades. El P. Oliva, después de escribir el precedente elogio, advierte algunas faltas, cuya enmienda encarga al celo de los superiores. Era la primera el predicar con poco espíritu y alambicando los conceptos. Bien se ve la parte que en esto cabía a los jesuitas españoles. En aquel tiempo hallábase en su mayor auge aquel gusto barroco y detestable que hemos convenido en llamar gerundianismo. El sentido común se había ausentado de nuestros púlpitos, y sólo reaparecía en ellos, cuando misioneros fervorosos, como el P. Tirso y el P. Guillén, dejándose de conceptos, tronaban contra el vicio y transformaban espiritualmente nuestras ciudades y aldeas. Otro defecto era el saber poco latín (y observa el P. General que ya casi nadie lo escribe bien), y juntamente con esto el sutilizar demasiado en filosofía. También esto hablaba con los españoles. Ya había pasado la elegancia del renacimiento, ya no tenía España ningún Sepúlveda o Perpiñá. El latín que corría en nuestras Universidades era el latín de cocina, usado por los escolásticos decadentes. El sutilizar en filosofía también hizo perder un tiempo precioso en las cátedras de nuestros colegios.

La última falta mencionada por el P. Oliva es el quebrantar en diversas formas la puridad de la santa pobreza, abusando de licencias generales que dan los superiores. También esto lo vemos repetido en cartas del General dirigidas a nuestras provincias. Ya ocurrió tal vez el caso de que el superior concediese licencias no debidas; pero generalmente las faltas de pobreza provenían de interpretaciones laxas dadas a las licencias concedidas. Con estas interpretaciones los religiosos se tomaban ciertas libertades, ya para dar dinero a los parientes, ya para buscar regalos, ya para comprar libros y curiosidades, ya para otros fines impertinentes que desdican de la pobreza y simplicidad religiosa. Alabemos a Dios de que en la Compañía perseverase el deseo firme de combatir estas faltas, de suerte que si las hubo, podemos asegurar que nunca se toleraron del todo, y por lo mismo, no enervaron el vigor de la observancia que generalmente florecía.

CAPÍTULO IV

ESCRITORES

SUMARIO: 1. Teólogos y escriturarios, Arriaga, Quirós, Esparza, Tirso González, Izquierdo, etc. Reflexión sobre estos escritores.—2. Historiadores, Moret, Abarca, Henao, Colin, Rosales.—3. Historia doméstica, Andrade, Colin, Fernández, García, Techo, Florencia, etc.—4. Ascetas y literatos, Céspedes, Garau, Fomperosa, etc. Gusto literario.

1. Hagamos una excursión por el campo de las letras, pero habrá de ser corta; porque las producciones literarias de este tiempo no merecen que nos detengamos en exponerlas con la extensión que hemos dado a esta materia en los tomos anteriores. No faltan escritores, pero el mérito de los libros es inferior. Las prensas de Madrid, Salamanca, Lyon y Amberes van lanzando a la publicidad tratados teológicos, libros de devoción, obras históricas, sermones, memoriales, etc.; pero observamos que los autores de libros tan diversos apenas nos dan nada nuevo, que sus libros son monótonos e incoloros, cuando no difusos y gongorinos, y que esa misma producción literaria va cesando en tiempo de Carlos II. Diríase que la segunda mitad del siglo XVII es un crepúsculo literario que va lentamente palideciendo, hasta que al fin termina en noche cerrada.

Empecemos por la teología, ciencia predilecta de los antiguos españoles. Desde que en 1660 murió el Cardenal de Lugo, podemos afirmar que el teólogo más insigne entre los jesuitas españoles era el P. Rodrigo de Arriaga. Había nacido en Logroño en 1592, y a los treinta años de su edad, cuando empezaba con lucimiento la carrera de la enseñanza en Valladolid y Salamanca, fué llamado por el P. Vitelleschi a Roma y desde allí enviado a enseñar la ciencia sagrada en Bohemia. Llegó a Praga en 1623, y en esta ciudad perseveró los cuarenta y cuatro años que aun le duró la vida. Al principio fué simplemente maestro de

teología trece años; después le hicieron canciller de la Universidad y por último fué prefecto de estudios hasta su muerte. Era sumamente respetado en aquel país, no sólo por su ciencia, sino también por sus excelentes virtudes religiosas. Una prueba de la gran estimación que hacían de Arriaga los jesuitas de aquella provincia es, que por tres veces le eligió la Congregación provincial por su representante en la General. En las tres Congregaciones generales, VIII, X y XI, el P. Arriaga fué vocal de la provincia de Bohemia.

Como era costumbre bastante general, empezó la publicación de sus obras por un Curso filosófico que salió a luz en Amberes el año 1632 (1). Repitióse varias veces la edición de este libro con algunas mudanzas y mejoras en vida del autor. Terminada esta faena, que debía considerarse como preliminar, emprendió el Padre Arriaga la publicación de tratados teológicos. Desde 1643 en adelante, fué dando a luz tratados magistrales sobre las principales materias de la ciencia sagrada. Ocho tomos en folio publicó, y cuando estaba escribiendo el nono, que debía ser *De Justitia et Jure*, le sorprendió la muerte el 7 de Junio de 1667. Todos reconocían la profundidad de ingenio y la agudeza singular en argüir y defender las propias opiniones que distinguían al Padre Arriaga. Tal vez se le culpe de haber descuidado algún tanto la teología positiva, que iba ganando terreno entre los sabios de aquellos tiempos. Trátanle otros de demasiado sutil y también algo caprichoso en sus opiniones; pero, en médio de todo, no hay duda que Arriaga es uno de esos hombres que piensan por cuenta propia y que, dueños de su ciencia, la saben defender contra todos los ataques, no sólo de la Heterodoxia, sino también de los que opinan de diverso modo en el campo católico. Al año siguiente de Arriaga espiraba el P. Antonio Bernardo de Quirós, nacido en Torrelaguna el año 1613. También le debemos un curso de Filosofía parecido al del P. Arriaga; pero después fué publicando algunas disputas teológicas sobre los puntos principales del tratado *De Deo uno et trino*. Parece que no pudo terminar todos los planes de publicación que había proyectado, pues vemos a otros, como el P. Gaspar de Rivadeneira, continuar lo que había empezado el P. Quirós.

(1) No creemos necesario especificar más la bibliografía de los autores que citamos. Bástanos remitir los lectores a la obra tan conocida del P. Somervogel.

Es bastante conocido entre los teólogos moralistas el P. Martín Esparza de Artieda, natural de Escaroz (Navarra). Sonó su nombre, como luego veremos, en las disputas que surgieron acerca del probabilismo, y en el siglo XVII alcanzó cierta celebridad por la circunstancia de haber vivido sus últimos años en Roma y haber sido el consultor habitual en materias teológicas de nuestro P. General, Juan Pablo Oliva. Con el título un poco indeciso de *Quaestiones disputandae*, fué dando a luz varios trabajos teológicos, insistiendo sobre todo en aquellos que se rozan con la moral; tales como *De virtutibus theologis*, *De virtutibus moralibus*, etcétera. También ejercitó su pluma en aquel asunto, entonces tan manoseado, de la Inmaculada Concepción. Murió en Roma el año 1689.

Nuestro P. General Tirso González, ocupa un lugar en el campo de la teología, no solamente por el *Fundamentum theologiae moralis*, de que tanto habremos de hablar luego, sino también por otras obras que le aseguran un puesto honorífico entre los teólogos dogmáticos. Entre 1680 y 1686 fué dando a luz en Salamanca cuatro tomos en folio, bajo el título de *Selectae Disputationes*. Discurrió sobre los puntos principales que discute la teología en el tratado *De Deo uno*, y procura no acercarse a la cuestión moral que entonces acaloraba tanto los ánimos, porque reservaba esta materia para el otro libro. Además publicó una obra enderezada a la conversión de los musulmanes, *Manuductio ad conversionem Mahumetanorum*. Más renombre que esta obra le alcanzó otra que le hizo sumamente simpático a los ojos del Papa Inocencio XI. Tal fué el tratado *De Infallibilitate Romani Pontificis*, grueso tomo de cerca de mil páginas, dedicado a refutar las cuatro proposiciones del Clero Galicano, que, como es sabido, no quería admitir la infalibilidad pontificia en sus definiciones, sino después que éstas hubiesen sido aceptadas por la Iglesia. Esta doctrina, que por fin en nuestros días ha sido condenada en el Concilio Vaticano, escandalizó bastante por entonces a los teólogos españoles, y nuestro P. Tirso salió, como quien dice, en nombre de la Universidad de Salamanca a combatir vigorosamente aquel error. Fuese por dificultades extrínsecas, fuese porque no tuvo tiempo de terminar y limar bien su libro, es el caso que tardó algunos años en publicarse, y no se imprimió sino en Roma, cuando ya él era General de la Compañía y a costa de Inocencio XI. Este Sumo Pontífice no tuvo el gusto de ver terminada la

impresión, porque expiró poco antes en 1689. En esta y en las otras obras, nadie negará al P. Tirso sutileza de ingenio y también erudición positiva, pero algo indigesta y alguna vez de segunda mano. Con todo eso este teólogo, que no hubiera lucido tanto a principios del siglo XVII, aparece algo mayor entre las medianías que escribieron al final de aquel siglo.

No debemos olvidar entre estos teólogos al respetable P. Sebastián Izquierdo, nacido en Alcaráz el año 1601, y que fué elegido Asistente de España por la Congregación General XII el año 1661. Veinte años sirvió a la Compañía en este oficio, y vino a morir el mismo año que el P. Oliva, a quien asistió, esto es, en 1681. Dos obras escribió que no están del todo olvidadas: un Curso de Filosofía, al cual impuso el título un poco extraño de *Pharus scientiarum*, y un tratado teológico *De Deo uno*, que tiene dos tomos en folio. Salieron a luz estos libros, cuando ya era Asistente de España, pero dicho está que él los había trabajado en los años anteriores, cuando ejerció la enseñanza en Murcia y en Madrid.

Pudiéramos añadir varios nombres a los ya citados. Dos Padres, llamados Avendaño, figuran entre los teólogos de aquel tiempo; Diego, nacido en Segovia, que pasó gran parte de su vida en el Perú, y fué dos veces Provincial de aquella provincia; y Miguel, natural de Idiazábal (Guipúzcoa), que ejerció su pluma en tratados teológicos y en libros de devoción. Los escriturarios mencionan al P. Antonio Velázquez e Ignacio Zuleta, no menos que al P. Aranda y a otros teólogos que dedicaron también parte de su actividad a comentar varios libros de la Sagrada Escritura.

No creemos necesario descender a más largas explicaciones sobre autores tan secundarios. Añadiremos tan sólo algunas reflexiones, que podrán ser tal vez de utilidad a nuestros lectores. Ante todo observamos, que no cambia en estos hombres la marcha general de la ciencia teológica. Discurren sobre los mismos tratados, sobre las mismas materias, en la misma forma, y se puede decir casi con los mismos argumentos y medios de demostración, que ya habían sido usados en los tiempos anteriores. Si algo nuevo aparece, suelen ser las últimas sutilezas inventadas en el siglo XVII para defender o impugnar las opiniones tradicionales. Como al lector moderno le importan muy poco esas sutilezas en que se acaloraban los disputantes de aquel tiempo, infiérese de aquí el poco interés que despierta en nuestros días la

lectura de estos libros. Excepto el P. Arriaga, a quien nunca faltan lectores, los otros teólogos de esta edad están bastante olvidados, y sus libros duermen tranquilos en los estantes de las bibliotecas, hasta que vaya a despertarlos algún bibliógrafo que quiere ser completo, o algún especialista que pretende agotar tal o cual materia.

Asoma, sin embargo, en algunos de estos autores una cosa que hoy despierta un poco nuestra curiosidad. Como es sabido, el año 1653 fueron condenadas las cinco proposiciones de Janseño, y desde entonces se reconoce como herejía la doctrina de aquel hombre singular. Algunos de estos teólogos, especialmente el P. Tirso González, se complacen en refutar los principales argumentos y errores que los jansenistas habían sembrado en el campo de la teología.

Por último, no estará demás advertir que los teólogos españoles de esta edad parece que no se dan cuenta de los progresos que hacían en toda Europa la teología positiva y las ciencias experimentales. En aquel tiempo había empezado el P. Bolando y continuado Papebroquio la obra monumental sobre la vida de los Santos, que no está terminada todavía. El célebre Tillemont había dado poderoso impulso al estudio de la Historia eclesiástica antigua; Mabillon y Baluze iban avivando en toda Europa el deseo de estudiar los documentos sepultados en los archivos. Con esta afición a la historia y literatura antigua de la Iglesia, coincidió un progreso evidente en varias ciencias naturales, principalmente en las matemáticas, en la física y en la astronomía. En las otras naciones sintieron los teólogos el influjo de estos gustos e inclinaciones reinantes en la sociedad. De aquí provino cierto desdén a la teología escolástica y un cultivo cada vez más intenso de la positiva. Pues bien; nuestros teólogos españoles participaron muy poco de este movimiento. Continuaron disputando a la antigua, repitiendo las cosas ya dichas anteriormente, y por eso sus libros despiertan hoy poco interés. Después de leer los grandes maestros de principios del siglo; después de oír a Suárez, a Vázquez y a Lugo, tiene uno muy poco que aprender en estos autores de la segunda mitad del siglo XVII.

2. Volvamos los ojos al campo de la historia, donde hallaremos nombres respetables que no deben caer en olvido. Ciertamente es que por aquel entonces se escribieron muchas historias adocenadas, y sobre todo muchas biografías insulsas de personas acredi-

tadas por su santidad; pero en medio de esta abundancia de libros vulgares, debemos recordar a tres jesuitas, uno navarro, otro aragonés y otro castellano, que han dejado grato recuerdo en la historiografía española. El P. José Moret había nacido en Pamplona el año 1615, y admitido en la Compañía a los catorce y medio de su edad, se dedicó muy pronto a los estudios históricos y trabajó casi toda su vida en su ciudad natal, esforzándose por ilustrar la historia del reino de Navarra. Fué nombrado cronista oficial de este reino, y dicho se está que, con esto, se creyó obligado a consagrar todas sus fuerzas al estudio de la historia patria. En 1664 publicó un libro titulado *Investigaciones históricas de las antigüedades del reino de Navarra*. A esta obra siguieron *Las congresiones apologéticas*, tratado polémico en defensa de la obra anterior. Por último resolvió el P. Moret condensar todos sus conocimientos sobre la historia de su país en la obra que intituló *Anales del reino de Navarra*. Empezó a salir a luz en 1684, y antes de terminar la impresión, expiró el P. Moret en Pamplona el año 1687.

Es muy apreciada de los doctos esta historia, y lo primero que llama la atención en este autor y en los otros dos que luego vamos a presentar, es la forma de historiar crítica que muestran sus libros. Fué una fortuna singular de España, que precisamente a fines del siglo XVII, cuando parecían extinguirse los buenos estudios, naciera entre nosotros la crítica histórica. Uno de sus representantes es el P. Moret, y desde luego se observa que sus libros, en medio de graves errores y yerros críticos inevitables en aquellos principios, se nos presentan ya con verdadero carácter de historia crítica. Ya no es la narración clásica en que se complacían los Marianas, Moncadas, Melos y Solis. Ya no vemos las descripciones bonitas, pero tal vez fantásticas, de personajes y de batallas. Ya desaparecieron las arengas a lo Tito Livio. Por el contrario, vemos ahora la disputa crítica, los esfuerzos para averiguar la verdad, la curiosa investigación de documentos, la confrontación de fechas, la comparación de diversos autores; en una palabra, el carácter de la crítica histórica.

Cierto que todavía se cometían graves errores críticos; inútil es decir que por entonces no alcanzaban estos historiadores la abundancia de materiales históricos que hoy poseemos; que no llegaban a la depuración de textos que después ha hecho la crítica; que no tenían la precisión de muchos datos que hoy son como

del dominio público en el campo de la historia. Con todo eso se advierte que, si no han alcanzado la perfección, han emprendido el camino de la crítica, y con el tiempo se había de llegar al feliz progreso que gozamos en nuestros días. Con el P. Moret y otros de este género hemos pasado resueltamente de la narración clásica a la discusión crítica.

Claro está que no se libró todavía el P. Moret de ciertos prejuicios y rancias costumbres al escribir la historia. Gastó demasiado tiempo en averiguar lo que no se puede saber, esto es, lo que hicieron o dejaron de hacer los navarros en tiempos en que existía el territorio de Navarra; pero no se conocía la nación que después llevó este nombre. Lo más interesante de su obra empieza después de la invasión de España por los árabes; pero aún en esos mismos principios de Navarra se extravía algún tanto el P. Moret por el prurito tan común en aquellos tiempos, de pretender excesiva antigüedad para los reinos y ciudades, cuyas historias se escribían. A pesar de este defecto, la obra de Moret es un tesoro abundante sobre la historia de Navarra, y el crítico Masdeu escribió este elogio que no debemos desdeñar. «El P. José Moret, si no se hubiese dejado vendar los ojos por el amor de su patria, hubiera sido el más profundo averiguador de nuestra antigüedad y el historiador más crítico de nuestra nación.»

No deja de ser conocido entre los amigos de libros y papeles viejos, el nombre del P. Pedro Abarca. Era natural de Jaca, donde nació en 1619. Entrado en la Compañía el año 1641, vivió largos años en las tierras de Castilla, y dejó en Salamanca varias obras manuscritas que todavía pueden verse en la biblioteca de la Universidad. Era de esos ingenios curiosos que daban empleo a la pluma en los más variados asuntos. La obra que le ha dado más celebridad, y merece dársela, es la que lleva por título *Los Reyes de Aragón en anales históricos*. Empezó a publicarse en Madrid el año 1672. Por de pronto el P. Abarca tiene el buen juicio de prescindir en su obra de aquellas antigüedades fabulosas en que tanto se dilataban los historiadores clásicos. Nada de Túbal, ni de Hércules, nada de la guerra de Troya, ni de todos aquellos tiempos nebulosos. El P. Abarca empieza por la invasión de España en el siglo VIII, y después de haberla expuesto a grandes rasgos, discurre sobre los reyes disputados del antiguo reino aragonés. Expuesto lo que sabía sobre esta materia tan dudosa, entra propiamente en la historia, y va discurrendo so-

bre los Reyes de Aragón, y deja bien asentados los datos históricos que se podían afirmar. Dicho se está, que su libro no tiene mucho atractivo; tampoco se recomienda por la profundidad de la crítica ni por la riqueza de datos nuevos. Mucho de lo que dice lo tomó del gran Zurita, autor sin estilo, pero científicamente el primer historiador político de España. Sin embargo, debe apreciarse la obra del P. Abarca, por el esfuerzo en averiguar la verdad y por haber adelantado algún tanto en el conocimiento de algunos datos curiosos sobre los Reyes de Aragón.

El P. Gabriel de Henao, nacido en Valladolid en 1612, fué un verdadero polígrafo. Alcanzó la erudición que en aquellos tiempos se podía obtener en España, y ejerció su pluma en asuntos muy variados. Son bastante conocidas entre los teólogos, las dos defensas de la ciencia media que publicó con los títulos de *Scientia media historice defensata* y *Scientia media theologice defensata*. Sobre otras materias teológicas publicó también diversos tratados, pero aquí le debemos recordar como autor de la obra *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria*. Con el nombre de Cantabria designaba las tres provincias vascongadas: Vizcaya, Guipúzcoa y Alava. El primer propósito del autor parece haber sido la glorificación de nuestro P. San Ignacio, y como por vía de pedestal escribe esta historia, recogiendo todos los datos que pudo hallar sobre las antigüedades de aquellas regiones. Dejamos a los críticos e historiadores de España el juzgar si erró o acertó en lo que dijo acerca de los antiguos cántabros. Lo que sí debemos agradecer al P. Henao, es el haber reunido curiosas noticias sobre familias y pueblos de las provincias vascongadas, noticias que ilustran notablemente la historia de aquel país. Con singular amor se desveló por averiguar todo lo posible, sobre la familia de nuestro P. San Ignacio, y se detiene, como comprenderá el lector, en exponer el hecho que entonces podía llamarse de vivísima actualidad, la adquisición de la casa de Loyola. No nos parece tan digna de alabar la fuerza crítica del P. Henao; pero le debemos agradecer el esfuerzo erudito que hizo para enriquecer la historia de las provincias vascongadas.

Al lado de estos hombres que trabajaron sobre la historia de España, deben figurar dos autores que ejercitaron su pluma en nuestra historia colonial. El año 1663 salió a luz en Madrid la obra histórica titulada *Labor evangélica de los obreros de la Compañía de Jesús en las islas Filipinas*. Habíala escrito el P. Fran-

cisco Colín, natural de Ripoll, Provincial de Filipinas, que había ya muerto en 1660. Aunque el objeto principal del autor era el estudiar la historia de la provincia jesuítica de Filipinas, no se contenta con la historia puramente doméstica, sino que pone en este libro todo lo que sabe sobre la historia natural de aquellas islas, y principalmente sobre la historia civil y eclesiástica, que enlaza estrechamente con la nuestra. Nadie dará importancia a las pocas y vagas noticias que al principio escribió sobre las Mantiolas citadas en los clásicos; pero todos le agradecerán el cuidado que puso en puntualizar las primitivas expediciones marítimas de los españoles, los capitanes y gobernadores que ejercieron el mando en Filipinas, los obispos que gobernaron aquella Iglesia, las Órdenes religiosas que sembraron la semilla evangélica en el Archipiélago, y otros muchos datos curiosos sobre los principios e incremento de aquella colonia española. El Sr. Retana, juez tan competente en esta materia, no vacila en afirmar que la obra del P. Colín es el mejor libro que se escribió sobre Filipinas en todo el siglo XVII.

Parecidos elogios debemos tributar a la *Historia general de Chile*, compuesta por el P. Diego de Rosales. Este ilustre misionero, hijo de Madrid, donde nació en 1605, trabajó cerca de medio siglo en territorio chileno. Sus misiones apostólicas, los cargos de gobierno que desempeñó y los escritos que de vez en cuando redactó, hacen del P. Rosales uno de los hombres más importantes que tuvo la Compañía en Chile a mediados del siglo XVII. En los últimos años de su vida trabajó detenidamente esta historia, que envió a Madrid poco antes de su muerte, ocurrida en 3 de Junio de 1677. Dos siglos enteros durmió su manuscrito en los rincones de las bibliotecas, hasta que por fin el año 1878 le sacó a luz en Valparaíso el Sr. Vicuña Mackenna.

Digna era ciertamente de ver la luz esta historia; pues en la copia de noticias y en la buena información de los hechos, sobre todo tratándose del tiempo de la dominación española, ninguno había llegado ni de lejos hasta entonces al mérito del P. Rosales. Hoy naturalmente se han completado y rectificado algunos de sus datos; pero siempre será estimable una obra que marcó la senda, como quien dice, para escribir rectamente la historia del reino de Chile.

3. Al mismo tiempo que ejercitaban su pluma los jesuitas en la historia patria, se dedicaron también a ilustrar la historia do-